

Entrevista con David Montgomery

Mark Naison, Paul Buhle

Entre los académicos marxistas que han modificado la escritura de la historia de la década de los años sesenta, David Montgomery ha desempeñado un papel que es único. En una época en la que muchos historiadores radicales se han concentrado en esquemas de resistencia entre poblaciones preindustriales o en las fuentes de la resistencia obrera centradas en la etnia o en la comunidad, Montgomery se ha concentrado en la lucha de clases en la arena electoral y en el centro de trabajo. Sus obras más importantes, *Beyond Equality* y *Workers' Control in America*, son estudios detallados rícamente sobre cómo influyeron los obreros en tendencias cruciales de la sociedad estadounidense desde la Guerra Civil: la política de la Reconstrucción y la organización social de la producción en el sistema moderno de fábricas.

Como sugiere la entrevista que sigue, la escritura histórica de Montgomery refleja su experiencia como obrero fabril, organizador sindical y militante comunista durante la década de los años cincuenta. A pesar del desbarajuste de la izquierda durante este periodo y la represión política que sufrió, lo que finalmente le costó el trabajo a Montgomery como maquinista, sus experiencias en la base lo convencieron de que la clase obrera no había sido pacificada del todo, como insistía la

mayoría de los intelectuales, y que sus protestas se harían más articuladas conforme reviviera la izquierda. Obligado a salirse de la fábrica, Montgomery se volvió hacia la academia para documentar y explorar tradiciones perdidas de la autoafirmación de la clase obrera. Desafiando la imagen dominante del conservadurismo de la clase obrera, su obra ha ayudado a dar forma a las percepciones de una generación de académicos de la Nueva Izquierda. Manteniéndose cerca de los activistas obreros en las comunidades en las que él vivió, y contribuyendo con artículos para publicaciones de izquierda, Montgomery animó el resurgimiento de un espíritu de colaboración entre trabajadores y radicales en el surgimiento de la guerra de Vietnam. Montgomery es profesor de historia en la Universidad de Yale y es editor de la publicación, *International Labor and Working-Class History*.

Se ha vuelto moda escribir sobre el Partido Comunista estadounidense como algo intelectualmente retrógrado y completamente estalinizado. Sin embargo, un considerable número de académicos creativos en la historia estadounidense, en particular las personas que se hicieron académicas durante la década de los sesenta, fueron producto del Partido Comunista y sus organiza-

ciones aledañas. ¿Usted cómo explica esto?

Creo que el Partido Comunista y el mundo político a su alrededor influyeron de dos maneras importantes en la visión histórica de los académicos en los que usted está pensando. La primera es que el partido era la organización marxista más importante en el país. A través de él, más que ninguna otra organización de la época, fue posible vincular el análisis marxista a la acción diaria efectiva. Este contacto con las luchas cotidianas de los estadounidenses y con un movimiento internacional en favor del socialismo nos llevó a estilos de análisis social que estaban fincados sólidamente en las duras y complejas realidades de la experiencia y alejados de las frases huecas y de las abstracciones dogmáticas. La segunda es la importancia central que el partido dio siempre a las luchas de los negros estadounidenses y a la creación de bases para una acción conjunta entre los trabajadores negros y los blancos.

También es importante el lado negativo de esta experiencia. El verdadero florecimiento del trabajo creativo entre las personas en las que usted está pensando vino después que se salieron del partido. La vida intelectual oficial del partido, como la que se encuentra por ejemplo en Jefferson School, era

paralizante.¹ A pesar del conocido slogan, "El marxismo es una guía para la acción, no un dogma", la teoría aparecía en el movimiento en la forma de explicación de los textos oficiales o hasta de las justificaciones *ex post facto* de las acciones tomadas, y no como un método riguroso para analizar y modificar las realidades sociales. En este sentido, fueron importantes las raíces y el rompimiento.

Después, aunque yo llegué a percibir una agitación interna y un sentido de debilidad en el PC, lo que yo vi en otros grupos dentro del espectro político, especialmente a mediados de la década de los cincuenta, era la pasividad total, o el espectáculo de todos ellos corriendo para treparse al tren de la guerra fría. Vi poco del mundo que Joe Starobin describe en su libro *American Communism in Crisis* porque yo nunca tuve ningún cargo o contemplé el mundo desde la clandestinidad.² Leer las memorias de antiguos líderes me ha enseñado lo diferente que eran sus vidas de las de los de abajo. En mi nivel de actividad seguíamos haciendo día tras día lo nuestro. En todo caso, la desaparición frecuente del liderazgo fortaleció una idea de autoconfianza en la base.

Teníamos que fundamentar todos los análisis y todas las decisiones que tomábamos en las realidades de la vida diaria que veíamos a nuestro alrededor. Si queríamos conjurar alguna noción de nuestra cabeza, sobre todo en un periodo de reflujo, nos iban a hacer polvo. El hecho es que todavía era posible, al comienzo de los cincuenta, desempeñar un papel de cierta influencia entre grandes números de trabajadores. Pero esto sólo se podía hacer si tus discusiones y análisis estaban con los pies plantados en la tierra lo más firmemente posible. Es verdad que la mayor parte de la discusión tomó la for-

ma de recibir una política general de decisión y luego imaginarnos cómo aplicarla de un modo realista y sensato, en vez de lo contrario. Pero en las bases teníamos que aplicar un slogan que hizo un amigo mío: "Mantente cerca de la clase trabajadora aun cuando te estén corriendo de las bases".

La mitad de la década de los cincuenta fue muy distinta al periodo en que la influencia del partido estaba en su punto más alto, en la década de los treinta, o a una situación que recientemente he estado estudiando en Lawrence, Massachusetts, en donde en 1919, toda la vida cultural e intelectual de la comunidad en su conjunto estaba organizada por los distintos izquierdistas que ahí había. Este no fue el caso en ninguno de los lugares en los que yo estuve durante la década de los cincuenta. La vida cultural de la mayoría de los trabajadores estaba bastante separada de la nuestra. La gente del partido, ya fuera que vinieran de las filas de los intelectuales o que fueran trabajadores-educados-por-el-partido, tendía a estar mucho más involucrada en actividades culturales estrictamente de izquierda: los conciertos de Peter Seeger, ir a los cines de izquierda en donde veían películas de la Unión Soviética. Pero también estaban mucho más involucrados con lo que se podría llamar la alta cultura de la burguesía tradicional: ir a la ópera, ir al ballet. En un movimiento socialista basado en las masas, grandes números de trabajadores estarían involucrados en una cultura orientada hacia el movimiento de masas. Este no fue el caso del partido a mediados de la década de los cincuenta.

Hubo dos excepciones parciales. Una fueron los bailes del partido. Sin embargo, aun entonces, se podía percibir el problema que es tan evidente en tantos sindicatos hoy en día: que

los trabajadores que iban a los bailes eran mayoritariamente negros y puertorriqueños e izquierdistas blancos. Los blancos más conservadores de la base no participaban mucho en los días de campo y en los bailes del sindicato, a menos que se tratara de un sindicato en el que no hubiera nadie más que ellos. La otra fueron los conciertos de Paul Robeson. En especial en los conciertos que dio en las iglesias de negros. Fueron parte integral de la vida de la comunidad y llegaron más allá de la izquierda comprometida.

Otra diferencia fueron los tipos de actividades a las que nos podíamos dedicar en la noche. El movimiento de izquierda sabe cómo mantenerte ocupado siete noches a la semana. *Siempre* había una emergencia. Esta podía ser una diferencia muy grande con los trabajadores que te rodeaban, que pasaban más tiempo jugando baraja, peloteando o en el boliche. Ir de un lado a otro noche tras noche podía provocar fricciones grandes adentro de la familia.

A lo largo de la década de los cincuenta el Partido Comunista se distinguió entre la mayoría de los grupos de izquierda por su compromiso con el internacionalismo como un principio político y por su habilidad para atraer miembros negros de talento. ¿Fue esto, como lo han sugerido algunos, algo que dejara una marca en todos los que estuvieron en el partido?

Yo creo definitivamente que el partido dejó una marca en todos. No existe ninguna otra organización que yo conozca, dentro de la izquierda estadounidense del siglo veinte, que emprendiera ese esfuerzo consistente para organizar e involucrar trabajadores negros y puertorriqueños en donde quiera que estuvieran y para luchar conscientemente contra el racismo en el modo

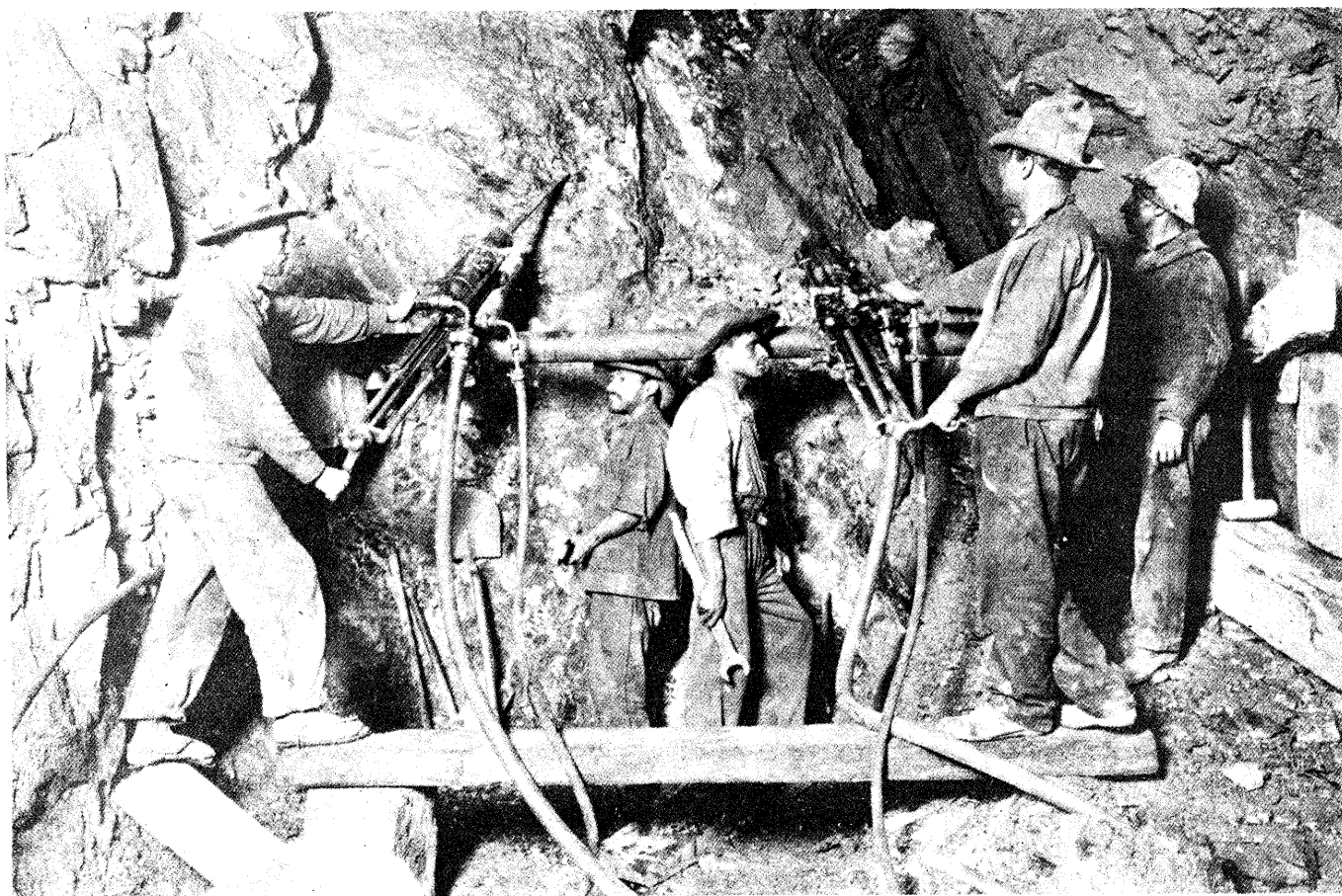
de pensar y en los actos de sus miembros. Había ocasiones en que el esfuerzo fracasaba y cada negro que estaba en el partido tenía que decidir “si voy a aguantar esta mierda” con la esperanza de que los camaradas blancos fueran a ser mejores. Esta era una escena común. Seguramente hay historias que todo el mundo puede contar de negligencia o de abuso a los miembros negros, y también hubo veces en que el cargo de chauvinismo blanco se usó de una manera política bastante falsa, como garrote para darles a los que se salían de la línea en casi todo. Pero ello no debe servir para decir que por lo tanto todo el esfuerzo fue falso o

equivocado. Una de las cosas que a mí más trabajo me costó acostumbrarme en la década de los sesenta fue la frecuencia con la que aparecían caricaturas y chistes en la literatura de izquierda que me hicieron pensar que eran unos racistas declarados. Era imposible imaginar que eso se colara dentro de la literatura del partido en la década de los cincuenta.

El partido también significó que a todos los lugares a los que fui a trabajar había un cierto número de trabajadores negros de cierta edad que nunca se habían afiliado al partido, o que si lo hicieron fue sólo por una temporada breve, pero que le tenían un respeto

considerable y que pensaban, en su mayoría, en el Tercer Periodo —el mismo que para la mayoría de nosotros fue el más desastroso— como en el cual ellos se habían probado a sí mismos, en el movimiento de desempleados, en la campaña de Scottsboro.³ Este era el periodo que la generación de los negros de más edad veían con más respeto.

El Tercer Periodo dejó una marca duradera en términos tanto de que abrió la posibilidad para la acción interracial conjunta y que dejó atrás a un cierto número de personas que, cuando todos los demás estaban metidos con la propaganda McCarthysta, podían decirles a los trabajadores negros



Perforistas y ayudantes accionan un barreno en la veta de un mineral, 1930. (Fototeca INAH).

más jóvenes: "Eso tómenlo con un grano de sal. Déjenme recordarles lo que a mí me pasó cuando yo era más joven".

Cuando finalmente usted dejó el partido, ¿qué tanto de lo que lo motivó para dejarlo fue la desilusión con la ideología del partido y qué tanto fue simplemente que el partido estaba perdiendo el poder práctico y la presencia en la clase trabajadora que inicialmente lo hacían atractivo?

A mí me parece que las dos alternativas que has planteado están muy relacionadas entre sí. Primero que nada, después de la invasión de Hungría hubo gran agitación dentro del partido. La crisis que se desarrolló tuvo el efecto de presionar a una mayoría en la convención de 1957, y a una mayoría del comité político, para comprometerse a replantear la ideología y la manera de trabajar de toda la organización. Y sin embargo, al mismo tiempo, como me lo dijo hace poco un tipo que estuvo en la dirección, cuando él y otros empezaron a pensar sobre cómo hacerlo, descubrieron que eran generales sin soldados. Los soldados como yo estábamos desertando. Y desertando en masa porque creíamos que el partido se había vuelto prácticamente irrelevante para los trabajadores de Estados Unidos. Pertenecer al partido no confería una fuerza añadida a lo que cualquiera estuviera tratando de hacer y, ciertamente, ponía barreras enormes entre nosotros y otros trabajadores. En esa época yo estaba en Minnesota, y todavía seguía habiendo fermentos laborales y actividad suficiente alrededor de la paz y de los derechos civiles en el partido Demócrata Agro-Laboral que fue el otro lugar en el que yo me sentí muy bien y en el que podía hacer algo sin romper ninguna regla. Pero

igual, si hubiéramos sentido que en el partido teníamos algo de poder real y que valía la pena luchar hasta el final por un cambio, habría existido la motivación para dar la batalla en la cuestión ideológica. Sí, había que cambiar al partido, e incluso podían haber existido las fuerzas para hacerlo si un número suficiente de personas hubiera pensado que si hacían eso podían afectar la vida en Estados Unidos.

Finalmente, creo que fue cierto en este país al igual que en Inglaterra que muy pocas de las personas que se salieron a finales de la década de los cincuenta se pasaron a la derecha —en el estilo de *The God That Failed*.⁴ Pero hay una diferencia enorme entre la experiencia estadounidense y la experiencia inglesa. Los que se salieron en Inglaterra siguieron formando un grupo: publicaron revistas, tuvieron un movimiento propio, tenían una voz teórica. Cada uno de nosotros en este país se fue por un camino distinto como persona. Nunca existió realmente ningún tipo de eje central. No hubo un movimiento masivo anti-bomba, ni *Reasoner*, que empezó en el interior del partido británico.⁵ En Estados Unidos la gente se salía una por una, y esto fue especialmente cierto en la base de trabajadores industriales. Lo último que va a hacer un trabajador industrial es sacar un manifiesto político en el que explique "por qué me salgo". Eso serviría para que los federales y los patronos te identificaran y te mandaran hasta abajo. La gente en la dirección casi pensaba únicamente a través de sus cargos, aislados entre sí y separados de la acción: en la clandestinidad. Sufríamos muchísimo por la falta de comunicación. Cada uno de nosotros tuvo que encontrar un nuevo ámbito político para trabajar.

La represión hacía terriblemente difícil seguir como gente de izquierda sin

partido. Cualquiera que no fuera un dirigente prominente optaba por el silencio. De hecho, el FBI se fue con un vigor especial sobre la gente que se salía, con la esperanza de reclutar a mucha gente para que se metiera otra vez. Además, seguía siendo la regla más que la excepción que te corrieran del trabajo si públicamente te identificabas como parte de la izquierda. Sólo los que ya eran prominentes podían tener en esa época una voz pública.

Hay otro aspecto de lo mismo. La atmósfera de la represión misma ayudó a intensificar el sitio mental dentro del partido, ayudó a crear gran parte de esta rigidez ideológica de la que hablamos hace un momento. Eran ellos contra nosotros, dos campos. Cualquier pensamiento que se saliera un poco de la línea recta y estrecha era visto como un signo de la debilidad pequeñoburguesa. En Inglaterra había apertura para el debate, aun antes de las divisiones, que aquí era sencillamente imposible.

Pero también está la cuestión de por qué fue que la represión tuvo un impacto mucho más devastador aquí que en otros países. Después de todo, otros movimientos han sido reprimidos con mucha mayor severidad que nosotros. Fue duro, pero ha habido épocas más duras. Y creo que aquí hay que empezar a pensar sobre los cambios sociales que en esa época se estaban gestando en las raíces mismas del movimiento, hasta el grado de que no pudieran darse. El comienzo de la década de los cincuenta marcó el final de una experiencia generacional entre los trabajadores estadounidenses que comenzó a mediados de la década de los veinte, pasó por la organización de los sindicatos de la CIO y terminó en la década de los cuarenta. Las organizaciones y las formas de lucha que produjimos entonces jamás podrían volverse a dar de la misma forma. A veces había to-

avía renacimientos de la izquierda. Uno piensa en la ocasión en que la izquierda ganó la dirección de local 600 de la Ford en 1951 o 1952, en el clímax de la guerra de Corea, y lo hizo con tal fuerza que el ejecutivo del trust que envió Reuther se cambió y se lanzó como candidato de la izquierda. Podía haber resurgimientos, pero estos eran excepciones. La crisis del movimiento fue en realidad la crisis de los viejos moldes de la vida de la clase trabajadora, social y hasta físicamente. Uno de los grandes centros de la izquierda en Pittsburgh desde los días de la IWW había sido la ciudad de East Pittsburgh.⁶ East Pittsburgh eran viviendas en donde la gente vivía amontonada una encima de otra. Hoy no es más que supercarreteras. La misma gente ya se fue.

También estaban cambiando las cosas en las fábricas, pero a mí me parece que la solidaridad era más fuerte en el nivel más bajo de ellas, en el taller. Esto era evidente en la proliferación de huelgas aguerridas de la década de los cincuenta, luego en el resurgimiento de todo tipo de luchas no-oficiales entre los trabajadores en los sesenta y setenta. Pero date cuenta que esos movimientos rara vez tenía alguna ideología política con alguna coherencia. Ahí estaba la militancia, luchar contra el patrón en el taller mismo, pero el sentido de la dirección política —que virtualmente siempre había estado en cualquier movimiento rebelde desde la década de los treinta— no estaba por ninguna parte.

Para muchos estadounidenses de izquierda, la década de los cincuenta marcó una época en la que ellos perdieron la fe en la clase trabajadora estadounidense como un agente para el cambio histórico. Pensadores influyentes de la Nueva Izquierda —Herbert

Marcuse, C. Wright Mills—, a diferencia de la Nueva Izquierda británica, dejaron de escribir de los trabajadores como una fuerza progresista principalmente. ¿Por qué la idea de usted de la clase trabajadora como un agente histórico creativo se conservó inconvencional cuando casi todos los otros intelectuales de izquierda no pensaban lo mismo?

La respuesta es doble. Una parte tiene que ver con la experiencia y la otra con un principio. En términos de experiencia, el solo hecho de estar todos los días en las fábricas de Estados Unidos a lo largo de la década de los cincuenta, metido en las luchas junto con otros trabajadores ahí mismo, me persuadió de que la mayor parte de la literatura académica que se había escrito sobre el conservadurismo inherente o la pasividad de los obreros estadounidenses en la lucha para cambiar algo era sencillamente falso. Esto también me hizo consciente del carácter peculiarmente opaco de la vida de la clase trabajadora. Los trabajadores estadounidenses no usarán un tipo de lenguaje muy distinto al de todas las demás personas, pero le dan un significado distinto al lenguaje que captan de la televisión, de los periódicos y demás.

Pero en segundo lugar, cuando yo pensaba sobre la cuestión del socialismo y oía preguntar a la gente si la clase trabajadora era un agente de cambio social, me costaba mucho trabajo incluso relacionarme con la pregunta. ¿Por qué molestarse si la clase trabajadora no va a cambiar su propia vida ni va a hacer un mundo nuevo? Cambiar un patrón por otro no es algo por lo que yo vaya a salir y que me vaya a poner al frente.

De la década de los cincuenta en adelante la vida intelectual estadounidense comenzó a inundarse con el aná-

lisis estructuralista de la sociedad y de la historia que señalaban como ocioso cualquier esfuerzo emprendido por individuos o grupos para modificar al mundo. Eso o que tuvieras análisis que percibieran todos los cambios significantes como algo que surgía de dirigentes iluminados de la sociedad: vistos como una manipulación corporativa si eras de izquierda, como una dirección racional llevada a cabo por dirigentes responsables de la sociedad si eras de derecha. La élite del poder era vista como algo casi omnipotente en contraste con la manera en que Marx pensaba de ella, como algo atado por todas partes por las contradicciones económicas dentro de las cuales vive y que se ve cara a cara con otras clases sociales con las cuales tiene que competir por el poder. Las dos quedaron fuera del pensamiento dominante en la década de los cincuenta. En economía, la fórmula keynesiana había mostrado la respuesta —la élite se había vuelto inteligente—, y el ejercicio del poder de la élite se convirtió en el centro de la atención de todo el mundo. Esta manera de pensar fue tan dominante que inevitablemente se convirtió en un punto de partida para la mayor parte de la Nueva Izquierda que surgió en la década de los sesenta. Y hacía falta que la gente tuviera muchísima experiencia para empezar a pensar de manera distinta.

En cuanto a las personas que estuvieron involucradas en el trabajo en las fábricas que se desilusionaron, hubo muchísimas derrotas. Más aún, muchos trabajadores tenían motivos para estar desilusionados con nosotros. Nos estaban tirando por la ventana, pero a lo mejor a mí me ayudó el hecho de que gocé de un par de victorias. No puedo evitar recordar que en 1955 cuando el Comité de Actividades Antiamericanas llegó a Newark, los trabajadores de mi

taller se metieron por las ventanas a las cámaras del comité para denunciar lo que de nosotros estaban investigando y, en efecto, para sacarlos de la ciudad.

¿Estaba usted desanimado cuando se salió de la fábrica en 1960 para irse a estudiar el posgrado?

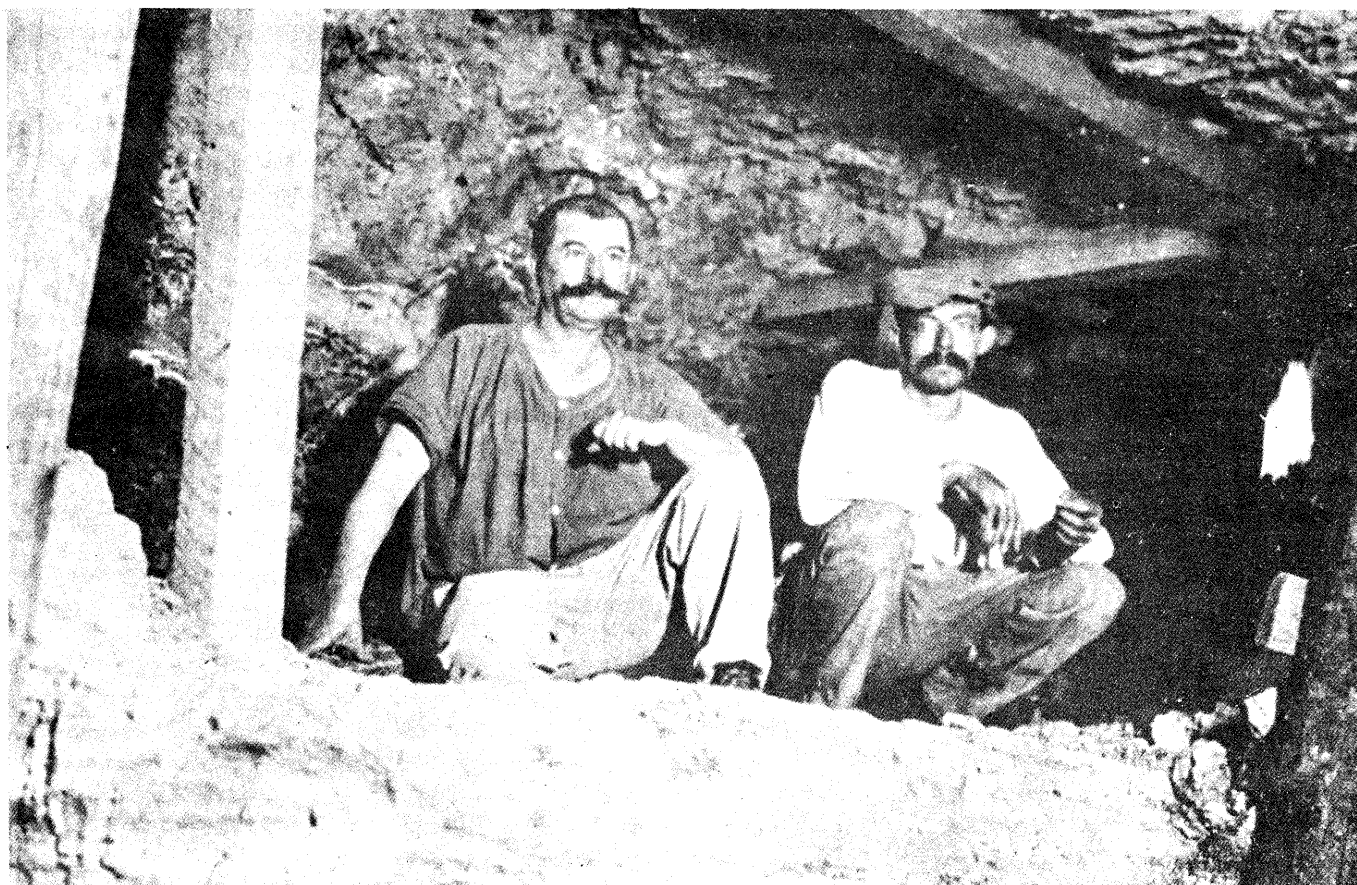
A mí me corrieron de la fábrica; estaba en la lista negra. Volverme historiador *no fue* mi primera opción. Tenía que hacer algo, de modo que tomé la segunda alternativa mejor que tenía al alcance entonces. Pero esta derrota personal sucedió en el contexto de algunos acontecimientos sociales muy

importantes: las campañas políticas de 1958 en Minnesota en las que el problema del desarme nuclear se convirtió en una discusión generalizada, en donde las fuerzas laborales en el partido Demócrata Agro-Laboral ganó una elección primaria para el congreso en la campaña más escindida en términos de clase en la que yo haya estado metido en toda mi vida.⁷ Estas son algunas de mis *últimas* experiencias en el movimiento obrero de Minnesota. A mí me dieron en la madre pero jamás sentí que hubieran acabado con el movimiento. A *mí* no más me encerraron.

La primera cosa histórica que us-

ted publicó, escrita cuando era todavía un obrero fabril, apareció en 1958 en una serie de ensayos sobre la vida en Minnesota que se llamó The People Together. El artículo de usted, sobre la huelga en Minneapolis del Sindicato del Ferrocarril Estadunidense, apareció firmado bajo el nombre de Amos Flaherty. ¿Nos podría decir algo sobre este libro?

El libro se armó principalmente bajo la dirección de Meridel Le Sueur,⁸ quien reconoció que Minnesota cumplía cien años y que la Cámara de Comercio había pensado en todos *menos* en la historia del estado. Claro, todos



Sotaminero y ayudantes en el interior de la mina, Mineral de Bolio, Santa Rosalía, B.C., 1918. (Fototeca INAH).

nosotros los chauvinistas de Minnesota sabíamos muy bien por qué habían dejado afuera una historia de nuestro estado. ¡Simplemente era demasiado buena!

De modo que nos juntamos granjeros viejos, trabajadores, miembros del PC, indios estadounidenses. Nunca se nos ocurrió que estuviéramos escribiendo algo para la clase trabajadora. *Eramos* la clase trabajadora de Minnesota escribiendo sobre nosotros mismos. Y, claro, Meridel sabía cómo mantener eso vivo y editar con habilidad suficiente el trabajo para que quedara bien.

En Minnesota me sentí como en mi casa al segundo día que estuve ahí. Todo el tiempo que trabajé en Minneapolis Honeywell el turno en el que estaba tenía un grupo de trabajadores —90 por ciento hombres, 10 por ciento mujeres— entre los cuales la comunicación muy a menudo no necesitaba de palabras. La idea de que una ofensa para uno era una ofensa para todos se extendía por todo el departamento con tal efectividad que, al final, la única manera en la que Minneapolis Honeywell pudo deshacerse de nosotros fue cerrando toda la división. Estos eran los nativos de Minnesota a los que conocía. Eso no suena mucho a Daniel Bell.⁹

La articulación de un ambiente de este tipo requiere de un movimiento, requiere de una organización para llegar a la sociedad más amplia. Una articulación que surge de una organización siempre es algo distorsionado. Pero sin ella, no hay modo de que las experiencias y las luchas de la localidad puedan ser más que nuestras vidas en la Planta de la Calle 29.

¿Qué continuidad ve usted en su propio desarrollo a lo largo de los últimos treinta años?

En el transcurso de mi vida he pasado por muchas maneras distintas de pensar sobre política. No salí de una familia de izquierda o crecí en cualquier ambiente de izquierda. Cuando tenía veinte años pasé del Federalismo Mundial al Trumanismo al partido Socialista a tú di. Elegí estudiar ciencias políticas en la universidad cuando salí del ejército porque pensaba que podía aprender algunos modos en los que se podía cambiar a este mundo. Desde la infancia me persiguió la pregunta más vieja: ¿por qué los que más trabajan son los que tienen menos? Después de que me recibí intenté un poco en el posgrado y deserté, me puse a trabajar unos diez años y descubrí que cada vez estaba más y más interesado en la historia cuando trabajaba como maquinista. De modo que hay una continuidad clara en cuanto a lo que yo buscaba.

Creo que en un sentido el trabajo que he estado haciendo últimamente puede ser un poco engañoso. Aunque mi especialidad es la historia de la clase trabajadora, el tema que estoy tratando de abordar es la historia del capitalismo. Desde este punto aventajado tengo el mismo respeto y estima por el estudio de la economía o de las relaciones exteriores que por los trabajadores. Pero el tema que he estado tratando, las relaciones en el taller, tiene una importancia especial porque los trabajadores en-el-trabajo tienen que definir su propio mundo para ellos mismos. Sin embargo, estudiar las maneras en que ellos han hecho esto lleva mucho tiempo y esfuerzo.

Beyond Equality iba tras el periodo de la Reconstrucción porque la época, primero que nada, me ofrecía una manera de llegar al impacto que los trabajadores estadounidenses tienen en las corrientes principales de la vida política estadounidense. Desde entonces ése ha sido mi interés básico. Ahí trabajé

directamente sobre el ámbito político por dos razones. Una era que simplemente yo no había iniciado el tipo de investigación sobre el trabajo en las relaciones sociales en-el-trabajo en las que me metí recientemente, y no sabía suficiente, pero la segunda razón y la más importante es que la Guerra Civil y el periodo de la Reconstrucción fue la época más revolucionaria en la historia de Estados Unidos. Quería observar este periodo para comprender las dinámicas de los cambios que se estaban dando y descubrir qué papel habían jugado los trabajadores en estas dinámicas; descubrir si habían tratado de presionar los cambios sociales de la época más allá de los límites de la burguesía radical. Y cuando sus esfuerzos fracasaron, descubrir qué efectos tuvieron esos intentos en el modo de pensar de los mismos trabajadores.

Cuando leemos el trabajo que usted ha hecho sobre el control de los trabajadores y las luchas en el interior de las plantas productivas, tenemos la impresión de que esos asuntos ya no son tan centrales para la lucha de clases como lo fueron a finales del siglo XIX y principios del XX. ¿Cómo ha cambiado la dinámica de la lucha de clases?

El trabajo de las académicas del feminismo, de hecho todo el *corpus* del trabajo reciente sobre la historia de la mujer, ha sido de importancia central para hacerme pensar a mí sobre qué otra cosa está metida en la clase más allá de las relaciones de producción. ¿Cómo una fuerza de trabajo se sobrepone a una clase trabajadora? Las dos son cosas muy diferentes. Una clase incluye hombres, mujeres y niños de todas las edades. Las relaciones de producción involucran gente en el trabajo, ganar salarios en un espacio de tiempo relativamente estrecho. Esa pregunta,

cómo tratamos y analizamos la clase como conciencia y como una dinámica política, es en la que cada vez pienso más y más, inspirado tremendamente por el trabajo de otras personas. La historia, como el trabajo en la planta, debe ser colectiva.

Pero en otro sentido, los descubrimientos sobre los cambios básicos en la lucha de clases han sido sólo eso, descubrimientos. Aprendí, por la evidencia de lo que yo estudiaba, que las dinámicas alrededor de las cuales se desarrolló el movimiento obrero —en especial las relaciones en la planta— en el siglo XIX eran fundamentalmente distintas a cualquier cosa que yo hubiera experimentado. Y entonces surgió la pregunta de cómo comprender esa época para poderla comparar con lo que yo mismo conocí.

Ciertamente existen elementos de continuidad pero, por ejemplo, no hay manera de que uno comprenda las relaciones en la planta hoy en día por medio del estudio de los reglamentos de los sindicatos, puesto que no existe la afirmación abierta de la posición de los trabajadores calificados. En un sentido, el paso del siglo XIX al XX en la industria significó la llegada a la producción de trabajadores no calificados. La producción en muchas industrias del siglo XIX la llevaban a cabo trabajadores calificados; los trabajadores no calificados levantaban cosas y las llevaban a los calificados y se las llevaban otra vez. En el siglo XX, en su mayor parte, los trabajadores calificados se volvieron los trabajadores afuera de la producción: los que hacían las herramientas, los de mantenimiento, los supervisores que montaban la maquinaria en vez de los que la operaban. Esto establece una diferencia fundamental en los tipos de movimientos que se crean y en los tipos de relaciones que existen en la planta.

Por supuesto, la fábrica sigue siendo fundamental como centro de reunión en una sociedad en la que hay tan pocos centros de reunión. Es una experiencia central del capitalismo el que llegemos al trabajo en números muy grandes para crear beneficios a cambio de salarios y que por tanto pasemos a la situación de conflicto todos los días como resultado de esto. Las formas de conflicto pueden cambiar, pero el conflicto siempre va a estar ahí. Al final, un mundo socialista va a ser el cual en el que esas relaciones en el trabajo serán transformadas totalmente.

Pero lo que también es importante es revisar los modos en que las luchas en el exterior de la fábrica se superponen con esto. En las décadas de los años veinte y treinta gran parte de la actividad organizativa, aun alrededor de las huelgas, empezó en organizaciones fraternales. Las comunidades étnicas se volvieron la base de la movilización en la vida de la clase obrera. Si lo único que vemos es lo que pasa en el centro de trabajo, nos perdemos muchas cosas.

¿Cuando usted buscaba alternativas para las interpretaciones dominantes en la historia durante la década de los cincuenta, a quién veía como modelo?

Sin duda alguna, el académico más influyente era W. E. B. Du Bois. Cuando pienso en alguien que destacó entre todos en ese periodo pienso en Du Bois. Esa podría ser hasta la respuesta de por qué me remonté a la Reconstrucción. En el mundo académico, Du Bois no era leído muy seriamente. Pero creo poder decir con seguridad que no había un nombre que pudiera ser pronunciado con mayor respeto entre la comunidad obrera negra que el del Dr. Du Bois. Y de hecho, la experiencia más memorable que tuve mientras es-

taba en el Local 475, aún más que el haber estado en el primer plantón que había desde la década de los años treinta, fue nuestra semana de historia negra a la que asistió el Dr. Du Bois; los obreros estaban colgados del techo.¹⁰ Esto fue en Brooklyn. Y Du Bois, como era de esperarse, no tiró golpes ni calló a nadie. De principio a fin podrías haber oído que se caía un alfiler. Este era su historiador, un gigante que jamás cedió ante el enemigo.

¿El desarrollo actual en el movimiento obrero le hace a usted sentirse resarcido en su convicción de que la clase obrera no ha sido pacificada del todo y que a lo mejor el trabajo y la política de la clase obrera fortalecerán el socialismo estadounidense?

Sí, ciertamente sí. Sí porque ha habido dos tendencias continuas en las luchas en el interior de las plantas, en los movimientos rebeldes, etc., y por la reaparición de lo que a sí mismo se llama un segmento socialista dentro de la dirección, que comienza a discutir problemas que habrían sido impensables hace algún tiempo. Pero al mismo tiempo tenemos mucho por avanzar para generar un movimiento socialista de masas porque lo que eso significa es no sólo partidos e instituciones y votos, sino también un gran número de personas que piensen que pueden vivir sus vidas de una manera fundamentalmente distinta y que pueden conducirse de acuerdo a eso. Pero eso toma mucho tiempo.

Hay un punto muy importante con el que estoy de acuerdo con Jim Weinstein¹¹ y es que el brazo político del movimiento socialista, cualquiera que sea la forma que tome, va a ser útil para el brazo de la lucha en el interior de la planta y del sindicato sólo en proporción a su fuerza en el exterior.

Pensar que un movimiento socialista pueda fundarse únicamente en la actividad sindical sería la locura más grande; una locura tan grande como el esfuerzo de crear el socialismo sin la lucha en el centro de trabajo.

Esto nos remonta a una crítica de la Nueva Izquierda que es importante para comprender el trabajo que usted ha realizado en los últimos diez años. Una cosa es el rechazo que usted hace de la indiferencia de la Nueva Izquierda hacia las expectativas proletarias. Otra es la creencia continua de parte de usted en la necesidad de una dirigencia política y, en consecuencia, la exploración que usted ha realizado de estas reglas de trabajo del siglo dieci-

nueve como una manera de formular la comprensión real y consciente que había entre los trabajadores, mientras que la perspectiva de la Nueva Izquierda era tal vez hostil a las reglas.

Ese impulso en particular de la Nueva Izquierda me parecía más un eco del capitalismo consumista contemporáneo que un ataque a él. Cuando los obreros reemplacen el capitalismo con su propia sociedad, no crearán un mundo sin reglas, sino uno basado en las reglas que ellos mismos han hecho para su propio beneficio. Esto es precisamente por lo que los propios códigos éticos de los trabajadores me interesan tanto.

Lo que siempre ha sido importante

para un movimiento revolucionario es que se dirija a la clase obrera con comprensión y respeto, que sus tácticas y estrategias y modos de actuar rompan la barrera entre el movimiento y el resto de la demás gente trabajadora en lugar de hablar solamente de ello. Eso se tiene que hacer simultáneamente con lo que ha sido crucial para cualquier tipo de movimiento socialista y que fue el aspecto más importante de la Nueva Izquierda: el compromiso total de la gente para acabar con una sociedad explotadora y vivir, aquí y ahora, para ese fin y juzgarse ellos mismos y a otros según ese principio. Cualquier crítica a la Nueva Izquierda debe empezar con el reconocimiento de que "gracias a Dios ahí estuvo".

Como usted mismo lo ha descrito, volverse historiador fue su segunda opción, algo a lo que se vio obligado por el colapso del contexto político en el que trabajaba usted en el taller. Han pasado veinte años y muchas cosas cambiaron. ¿Cree usted que el Partido Comunista tal como usted lo experimentó en Estados Unidos, en la forma que tomó, es una forma que ya no es útil?

Definitivamente, yo creo que necesitamos nuevas formas de organización política. Creo que hay muchísimo que podemos aprender de la experiencia del Partido Comunista, en especial durante la que para mí es su mejor época, el clímax del Frente Popular.¹² Con todo y la debilidad de esa época, la presencia del partido en medio de la vida cotidiana de tanta gente, su sentido de compromiso total en la lucha y de la necesidad de aseveraciones políticas realistas, significa que hay muchísimo que aprender, y que no sólo hay que evitar los errores. También resulta muy difícil imaginar cualquier



Manifestación de trabajadores adheridos a la Casa del Obrero Mundial en 1915.
(Del libro *Obreros somos...*).

tipo de acción popular a gran escala para el futuro inmediato que no incluya lo que queda del Partido Comunista y de otros grupos.

A lo mejor ese es el punto fundamental. En este país, en donde ya existe una enorme capacidad productiva y los talentos necesitados de dirigir una sociedad humana están alrededor nuestro, lo que necesitamos no es un solo partido de vanguardia sino muchos centros autoactivados de lucha popular y variedad de iniciativas políticas. Pero todos esos centros de actividad tienen que aprender de la historia y del análisis sistemático del orden social contra el que están luchando así como también de su propia, inmediata experiencia.

Mi estudio de las luchas en el interior de la fábrica y del periodo de la Reconstrucción me descubrió el hecho de que la clase obrera siempre ha formulado alternativas a la sociedad burguesa en este país, particularmente en el trabajo. Lo que descubro que estoy buscando son formas nuevas de lucha política que surjan de la vida cotidiana

de los obreros. Pero también creo que la vida supone intercambio intelectual; supone discusión, agitación; supone la discusión colectiva de hacia dónde vamos. Esto se ve más claramente en *Beyond Equality* que en los ensayos de *Worker's Control*, con excepción del ensayo sobre los socialistas. Pero hay que enfatizar ese elemento en todo el trabajo que yo he hecho.

Si, como historiadores radicales, realizamos un trabajo que tiene algún significado para la política y para las vidas cotidianas de los obreros, entonces hay que compartirlo con ellos. Y tenemos que recibir sus respuestas, críticas y contribuciones. Creo que esto es tanto un compromiso personal como algo crucial en cualquier forma organizada de actividad: que no dejemos que nuestro trabajo histórico sea profesional *simplemente* —en el sentido purista— para los otros historiadores. Eso no quiere decir que nos sintamos satisfechos con hacer cualquier trabajo con tal de que sea por causas nobles. Precisamente porque nuestro trabajo histórico es impor-

tante políticamente debe aspirar a los niveles más elevados de exactitud y de rigor.

Cuando lo entiendes, la historia es el único maestro que tienen los obreros. Una tarea fundamental que todos enfrentamos en la actualidad es regresar a concentrarnos en nuestra propia experiencia revolucionaria. Muy claramente, al ver las grandes luchas que necesitan ser contadas, tenemos que ver con una mirada fría toda esa experiencia para ver dónde nos equivocamos, en dónde están las grandes lecciones que hay que sacar de la experiencia positiva, cuáles han sido las fuerzas impulsoras del cambio histórico y cómo hacer que la dinámica de nuestro propio movimiento sea del conocimiento público una vez más. En toda mi obra he tratado de observar el desarrollo a largo plazo, en parte para evitar términos de análisis que han sido definidos por la sociedad, o por nuestro movimiento, en momentos particulares. Pero también para mostrar cuántas luchas familiares reaparecen siempre en formas distintas.

Traducción de Antonio Saborit
Tomado de Marho, "The radical historians organization", *Vision of history*

¹ La Jefferson School of Social Science en la ciudad de Nueva York era parte de un sistema comunista de instituciones educativas populares, para adultos, obreros progresistas durante la década de los años treinta. Tenía su propio local y en su mejor época enroló a varios miles.

² Joseph R. Starobin, *American Communism in Crisis, 1943-1957*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1972.

³ En el Tercer Periodo (1929-35), el Partido Comunista, en la dirección del Comintern, se sumó a una estrategia de oponerse a los sindicatos tradicionales de trabajadores creando organismos rivales. También luchó vigorosamente contra otros grupos de la izquierda, incluyendo a los socialistas. En 1931 nueve jóvenes negros fueron arrestados en Scottsboro, Alabama, y acusados de violar a dos mujeres blancas. Sus condenas en tres juicios controvertidos fueron desechadas por la Suprema Corte en 1935. El Partido Comunista tomó un papel fundamental en la defensa y ayudó a que el caso ganara atención nacional e internacional.

⁴ Richard Crossman, editor, *The God That Failed: Six Studies in Communism* por Arthur Koestler y otros, Nueva York, Harper and Row, 1950. En este documento de la Guerra Fría seis escritores prominentes explicaban su desilusión con el comunismo.

⁵ El *Reasoner* fue fundado en 1956 por los historiadores británicos Edward Thompson y John Saville. En 1960 se unió con *Universities* y *Left Review* para formar *The New Left Review*.

⁶ Los Industrial Workers of the World fue organizada en Chicago en 1905. Esta quería organizar a todos los trabajadores en un gran sindicato para derrocar al capitalismo.

⁷ El Partido Agro-Laboral de Minnesota (1918-44) se formó de una coalición de organizaciones agrarias y laborales radicales y progresistas. Rápidamente desplazó al Partido Demócrata como una de las dos fuerzas políticas más importantes del estado. En 1944 se unió al Partido Demócrata formando el Partido Demócrata Agro-Laboral.

⁸ Nacida en 1900 en Iowa, Meridel Le Sueur escribió e hizo periodismo sobre el medio oeste estadounidense durante la depresión, ganándose una reputación nacional como autor y activista radical. Fue puesta en la lista negra en los años de McCarthy. Desde la década de los años setenta su obra volvió a encontrar editores y un público amplio. Su libro más reciente es *Ripening: Selected Work, 1927-1980*, editado y con

una introducción de Elaine Hedges, Old Westbury, N. Y., Feminist Press, 1982.

⁹ Daniel Bell, *The End of Ideology: On the Exhaustion of Political Ideas in the Fifties*, Glencoe, Ill., Free Press, 1960.

¹⁰ El Local 475 de United Electrical, Radio and Machine Workers of America (UE) era un local amalgamado en Brooklyn al que perteneció Montgomery de 1951 a 1956.

¹¹ James Weinstein es un historiador radical asociado con la publicación *Studies on the Left*. Ha escrito mucho sobre el radicalismo estadounidense y en 1976 fundó el semanario socialista *In These Times*.

¹² Durante el Frente Popular (1935-39) el Partido Comunista siguió una política de alianza con todos los grupos de izquierda para combatir al fascismo. Este fue el periodo de mayor fuerza y popularidad del partido.
